

a mi señora en términos que ella no había oído desde la muerte de su esposo; intentó correr en vuestra persecución; por fortuna, su gente había desenganchado la silla de postas y pudieron decirle que estaban herrando los caballo; por si acaso, mi señora dió orden secreta de que no le facilitaran coche ni cabalgadura, y con todo esto ha podido contenerle hasta ahora, sin dejar de mostrarle, con todo género de reflexiones, cómo su conducta no era digna de un noble caballero; que una dama como vos no es una plaza fuerte...

CELIA

Bien dicho.

RISELA

Y ya que no vuestra tranquilidad, debiera respetar la de vuestro esposo, inocente de todo, que no tiene por qué llevarse un disgusto...

CELIA

¿Todo eso le dijo tu señora?

RISELA

Y mucho más. Mi señora posee un tesoro de consuelos para todo género de desdichas.

CELIA

Lo importante para mí es que el Marqués entienda que así no se puede querer; que me odie o que me olvide; pero mi tranquilidad no puede estar a capricho de un loco.

RISELA

Yo no he visto a nadie tan apasionado.

CELIA

El marqués Octavio lleva sangre italiana en las venas;

los franceses, por dicha nuestra, no són tan violentos en sus afectos.

RISELA

¿Y estáis decidida a romper con él para siempre?

CELIA

Sería yo tan loca como él si no escarmentara.

RISELA

¡No digáis! Las reconciliaciones, con una persona tan vehemente, deben tener un encanto especial.

CELIA

Cierto que nadie me ha querido de esa manera.

RISELA

Estoy segura de que volveréis juntos a París, como si nada hubiera pasado.

CELIA

Ahora me parece imposible; pero no quiero decir nada.

RISELA

¡Señora!... ¡Vuelve hacia aquí! Acaso entre en la casa...; sí...

CELIA

Vuelvo a mi escondite. ¡Si tu señora consiguiera traerle a la razón, si cambiara un poco!...

RISELA

Eso es; que guarde esa impetuosidad para cuando estéis a solas; pero delante de gente... ¡Aquí vienen!

CELIA

Si sospechase que estoy tan cerca... (*Vanse Celia y Risela.*)

ESCENA II

La MARQUESA ROSALINDA y el MARQUÉS OCTAVIO

OCTAVIO

No es el paseo al aire libre; no es la calma conventual de vuestro jardín cultivado con arte primoroso, en que la Naturaleza, ajustada a ceremonial cortesano, parece mostrarnos cómo hemos de recortar también nuestro espíritu si hemos de parecer jardines delectables y no selvas desoladas; es vuestra compasión, son vuestras palabras, dulce Rosalinda, las que vuelven la calma a mi corazón.

ROSALINDA

Y estas mismas reflexiones que habéis escuchado de mí, ¿no pudisteis antes escucharlas de vos mismo?

OCTAVIO

Ya sabéis lo que dice Alceste, el misántropo de los verdes lazos, por boca de Molière: la razón no gobierna en asuntos de amor.

ROSALINDA

Por el estilo es el galante dístico que nuestro rey ha hecho grabar con letras de oro en las fichas de su mesa de juego.

Yo, de todos el señor,
esclavo soy del amor.

Pero nuestro bien amado rey no se rebela contra su esclavitud como vos, más parecido al hombre de los

lazos verdes que tanto nos hace réfr en el teatro. Y hay que convenir en que la suerte os ha deparado, para vuestra desesperación, una mujer más coqueta que la misma Celimena del Misántropo. ¿Cómo fué enamoraros de la marquesa Celia? ¿Acababais de llegar a París?...

OCTAVIO

No. Sabía..., sabía que yo no era su primer amante, que yo era el sucesor de Mr. Montbazon...

ROSALINDA

El sucesor... Sí, como Luis XV es sucesor de Farmundo en el trono de Francia.

OCTAVIO

No os burléis de mí; sí, lo sabía todo: lo que me dijeron, lo que yo he visto; más que todo eso, lo que yo he imaginado, porqueno hay engaño ni traición de que no la creyera capaz. Es de esas mujeres que enloquecen, que destrozan para siempre la existencia de un hombre. Ese acorde armonioso de dos almas, que es el mayor encanto del amor, no fué posible nunca entre nosotros. Bastaba que yo estuviera triste, para que ella mostrara la más loca alegría; que yo pareciera alegre, para mostrar ella tristeza. Ha jugado cruelmente con mi corazón.

ROSALINDA

¿Y sois también de los que la juzgan hermosa? ¿Os admitió nunca a presenciar su tocado? Pero, en fin, pase vuestra ceguera para sus defectos físicos; eso prueba que vuestro amor es puramente espiritual. ¿Pero que hayáis estado tan ciego para sus cualidades morales!... Una mujer sin corazón, que aceptó vuestro cariño como se acepta un adorno a la moda; que ha hecho de vos la fábula de París, poniéndoos en el caso de cometer mil locuras; que os desacreditaba con sus amigas para es-

torbar de ese modo que ninguna se atreva a corresponderos si algún día, curado de vuestro loco amor, buscáis más digno empleo a vuestro corazón; una mujer... ¿Pero qué estoy diciendo? ¡Qué imprudente! Olvido que la amáis sobre todo, que mis palabras os lastiman seguramente y acaso juzgáis mal de mí; pensaréis que soy traidora y falsa con mis amigas; que descubro sus defectos, que los censuro sin piedad; tal vez penséis que es envidia o rivalidad mujerieles el sentimiento que habla en mí...

OCTAVIO

No, Rosalinda.

ROSALINDA

Sí, sí; debo pareceros odiosa, aborrecible. ¿No es eso?

OCTAVIO

No, Rosalinda.

ROSALINDA

Sí, sí; pero no me importa. Algún día comprenderéis lo piadoso de mis intenciones; en la conciencia más cerrada tiene una hora de claridad la justicia, y entonces sabréis la compasión profunda que siento por vos; si yo supiera que ella era capaz de comprender al fin la grandeza de vuestro corazón, de compensar lo que os ha atormentado... Pero la conozco, conozco la ruindad de sus sentimientos, la pequeñez de su alma; y creedlo: por curaros de esa infausta pasión, por veros tranquilo, os diría..., no ya lo que sé de ella, que es bastante, sino qué sé yo, sería capaz de calumniarla, si fuera posible calumniar a esa mujer. ¡Pero qué loca soy! Mañana mismo estaréis a sus plantas, implorando su perdón y maldiciendo de mis palabras y, en pago a mis bondades, habré conseguido su aborrecimiento y el vuestro.

OCTAVIO

No, Rosalinda.

ROSALINDA

Sí, sí; pero no importa. Sé que más tarde o más temprano, no mis palabras, su conducta indigna, os hará odiosa a esa mujer para siempre, y entonces os acordaréis de mí. Entonces... acaso esté yo lejos, acaso haya muerto...

OCTAVIO

No, Rosalinda.

ROSALINDA

Sí, sí; pero no importa. Entonces diréis: «¡Pobre marquesa Rosalinda! ¡Me dijo la verdad! ¡No me engañaba ¡Pobre Marquesa! ¡Si yo no hubiera estado tan loco!...»

OCTAVIO

¡Es verdad! Si yo no hubiera estado tan loco!... ¡Pasasteis a mi lado muchas veces, y hasta ahora no os conocía! ¡Por qué no os conocí antes, Rosalinda? Mis ojos han hecho traición a mi corazón, porque era a vos a quien buscaba.

ROSALINDA

¿A mí?

OCTAVIO

Un corazón como el vuestro, Rosalinda. Al amaros, no hubiera yo parecido un loco. El que ama sin ser correspondido, ¿qué otra cosa puede parecer más que un loco? Es la ridícula figura de uno que danza sin música que le acompañe. Y es loco amor el de un corazón que ama sin que otro corazón le responda con dulce armonía. Pero siempre es así: uno que ama, otro que se deja amar. Si el amor de uno no acudiera a reparar el desequilibrio del

otro, no habría castillo de naipes levantado por el amor que no viniera a tierra a un leve aliento. Y así fué mi amor: sólo mío. ¿Que era locura, porque esa mujer no merece mi cariño? Lo sé; pero no era a esa mujer a quien yo amaba: era el amor que nació en mí y que yo animé con mi alma. ¿Pues qué pensaba esa mujer? Sin lo que yo puse en su amor de mi alma, ¿qué valdría? Pero vuestro corazón no es el suyo; el vuestro es ara preciosa, santo reposorio digno del amor infinito que desborda en mi corazón.

ROSALINDA

Amigo mío, sí..., yo pretendía curaros; pero tan pronto no esperaba...

OCTAVIO

Sólo vuestro amor puede salvarme.

ROSALINDA

No habléis así; yo no soy capaz de atormentar a nadie. Decís que un amor ideal, un amor...

OCTAVIO

Mi amor, Rosalinda, mi loco amor, que siempre debió ser vuestro.

ROSALINDA

¡Por favor! Llega gente, y estamos a oscuras... ¡Risela!... ¡Risela!...

OCTAVIO

No os alejéis, Rosalinda. *(La sigue en la obscuridad.)*

ROSALINDA

Esperad... No veo...

OCTAVIO

¡Os amo! *(Siguiéndola siempre.)*

ESCENA III

DICHOS y RISELA

(Al entrar Risela, el Marqués le da un beso en la mano.)

ROSALINDA

(Al oír el beso.) ¡Eh?...

RISELA

¡Nada!... Algo que se ha perdido.

OCTAVIO

¡Oh!...

ROSALINDA

¡Luces, Risela! Disponlo todo para cuando lleguen esos señores.

RISELA

Voy, señora.

OCTAVIO

¿Esos señores?... ¿No estaréis sola?

ROSALINDA

Espero a unos amigos; pasaremos aquí la velada.

OCTAVIO

¡Qué fastidio!

ROSALINDA

No seáis egoísta.

OCTAVIO

No es egoísmo: son celos.

ROSALINDA

¡Ya!... No me haréis creer que es por mí. Serán los que han sobrado de mi amiga.

RISELA

(Vuelve con un candelabro. Bajo a la Marquesa.) Traigo un solo candelabro, porque os advierto que hoy estáis descolorida, y la mucha luz no favorece...

ROSALINDA

(Bajo a Ríselá.) ¿Y la Marquesa?

RISELA

Espera en la biblioteca a que el Marqués se haya tranquilizado; pregunta cómo va...

ROSALINDA

Inquieto, inquieto todavía.

ESCENA IV

DICHOS, LAURO y PEDRO

PEDRO

(Anuncia.) El señor Lauro. *(Se retira.)*

LAURO

¡Señora mía!...

ROSALINDA

Mi filósofo. Sois el primero en acudir a mi invitación.

LAURO

(Reparando en el Marqués.) ¿El primero?

ROSALINDA

Es verdad; olvidaba... *(Presentando.)* El marqués Octavio; el señor Lauro.

OCTAVIO

Caballero, tuve el gusto de saludarle en otra ocasión.

LAURO

Cierto; en París.

OCTAVIO

¿Y vuestra esposa? *(Rosalinda hace señas al Marqués.)*

LAURO

¡Ay!...

ROSALINDA

No extrañéis el silencio del señor Lauro; renováis una herida cruel. Su esposa ha muerto.

OCTAVIO

¡Cómo! ¡Juraría haberla visto en París pocos días ha!

ROSALINDA

¡Imposible!

OCTAVIO

Sí, en un baile público.

LAURO

Es posible...; digo, ¡imposible, imposible!

OCTAVIO

Perdonad si os he recordado... ¡Esa es la vida! Todos hemos de pasar por ello.

LAURO

Casi todos.

ROSALINDA

Ríselá, sirve el café; dispón el juego; avisa a Medoro.

RISELA

¿Para qué? ¿No puedo soportar al negro!

ROSALINDA

¿Es manía!... ¿Le tienes envidia?

RISELA

¡Pues bien, sí! Eso de que el último que llega sea vuestro preferido... Ese negro es un pícaro redomado. Yo no sé por dónde se introduce en la bodega, y no quiero deciros cómo se pone. Yo serviré el café. *(Sale y vuelve con un servicio de café; dispone el juego de ajedrez.)*

ROSALINDA

¿Qué libro es ése, señor Lauro?

LAURO

Un precioso libro. Le traje conmigo, pensando hallaros sola.

ROSALINDA

El marqués Octavio es también aficionado a curiosos estudios. No le estará mal aplicarse en nuestra academia de amorosa filosofía. También ha padecido tormento de amor.

OCTAVIO

¿Y de qué trata ese libro?

LAURO

Son las ciento cuatro cuestiones de amor propuestas por el rey Renato. No hay punto de amor que aquí no se discuta y se resuelva. ¿Cuál es desdicha mayor: amar sin ser amado, o ser amado sin amar? Si una dama honesta puede amar de amor a otro hombre que no sea su legítimo dueño. Si cabe sumar en un amor ideal amor que,

de objetos diversos, se compone en la realidad. Si... ¡Oh! Es un precioso libro.

ROSALINDA

¿Quién hubiera vivido en aquellos tiempos de amor y poesía! El mundo era joven y las almas eran audaces. Yo hubiera sido reina de una corte de amor; mis leyes hubieran sido cantadas en rimas primorosas, y el mundo entero las hubiera acatado, porque serían leyes de paz y de amor. Mi reino hubiera parecido encantado como el reino de las hadas buenas, como una eterna primavera florecida a un beso de sol y de la tierra.

LAURO

(Besando la mano a Rosalinda.) ¡Divina Rosalinda, celestial Rosalinda!

OCTAVIO

Veo que vuestra filosofía se aplica a las cosas de este mundo.

LAURO

Responderé lo que el sabio: «¿Creéis que las cosas buenas se han hecho sólo para los tontos?»

OCTAVIO

¿Queréis decir...?

ROSALINDA

(Interponiéndose.) ¡Nada, señores!

OCTAVIO

Ese filósofo es un impertinente, y os advierto que si me molesta demasiado...

ROSALINDA

Tendréis paciencia. Yo no soy la marquesa Celia.

LAURO

(*Bajo a Rosalinda.*) El caballero parece un presumido, muy pagado de su persona.

ROSALINDA

No sois justo. Acaba de decirme que sois un hombre encantador.

LAURO

¿Ha dicho eso?

ROSALINDA

Podéis creerlo.

OCTAVIO

(*Aparte a Rosalinda.*) ¿Os hablaba de mí?

ROSALINDA

Nada malo, como pensáis. Dice que le parecís muy inteligente, y que ha de procurar ser gran amigo vuestro. (*Lauro y el marqués Octavio se dirigen uno hacia otro y se dan la mano.*)

LAURO

Gracias, caballero.

OCTAVIO

Agradezco la...

ESCENA V

Dichos y el CAPITÁN RODRIGO. Rodrigo canta dentro.

ROSALINDA

El Capitán... Mi primo...

RODRIGO

¡Salud, caballeros! ¡No diréis que he tardado!

ROSALINDA

Yo creí que conocías al marqués Octavio.

RODRIGO

No; he oído hablar mucho de él. No me lo figuraba así.

OCTAVIO

¿Pues cómo?...

RODRIGO

¡Qué sé yo! Pero no me lo figuraba así. Cosas que se figura uno.

OCTAVIO

(*Bajo a Rosalinda.*) ¡Qué impertinente!

ROSALINDA

No lo toméis en cuenta. Justamente me hablaba siempre muy bien de vos.

OCTAVIO

¿Sin conocerme?

ROSALINDA

De oídas...

RODRIGO

(*Bajo a Rosalinda.*) Éste es ese loco italiano, enamorado de la marquesa Celia, ¿no es eso? Presume de noble, y su abuelo prestaba con usura a mi padre...

ROSALINDA

Eres injusto. Me hablaba muy bien de ti...

RODRIGO

¿Sin conocerme?

ROSALINDA

Sin conocerte.

RODRIGO

¡Ah! Por eso...

ROSALINDA

Sentaos, amigos; tomaremos café y departiremos gustosamente. El libro del señor Lauro puede servir de tema a nuestra conversación.

RODRIGO

¡Déjate de libros... ¡Buen café!

OCTAVIO

¿Tenéis dispuesto el ajedrez? No suspendáis vuestra partida. ¿Es el señor Lauro o el Capitán vuestro contrincante?

ROSALINDA

Cualquiera, o vos, si sabéis jugar.

OCTAVIO

Algo.

RODRIGO

Pues aquí donde me ves tan campante, primita, no sabes las cosas que yo he hecho desde que salí de aquí, todo a paso de carga: la instrucción, el baño de los reclutas en el río... Desde que yo mando el batallón se baña a diario. ¿Por qué no vienes un día a verlo? Te advierto que es un espectáculo muy divertido.

ROSALINDA

¡Primo!...

RODRIGO

Las orillas del río es el paseo a la moda de las damiselas del lugar. Hay quien manda a preguntar al cuartel a qué hora es el baño.

ROSALINDA

Inventas unos disparates...

RODRIGO

¿Inventar? ¡Si yo supiera inventar, no inventaría disparates! Cuento lo que veo. ¿Sabes lo que me sucedió anoche al ir acostarme?

ROSALINDA

¿De noche, al acostarte... y tú?... ¡No quiero saber nada!

RODRIGO

Te reirías. Puede que, como hay gente delante, no te rías; pero te reirías luego.

ROSALINDA

¡Rodrigo, Rodrigo!

LAURO

(Al marqués Octavio, que está distraído.) ¡Qué bárbaro!

OCTAVIO

¿Eh?...

LAURO

El primito, digo...

OCTAVIO

¡Es intolerable! ¡Si yo hubiera sabido que la Marquesa no estaba sola!...

LAURO

¿Cómo?...

OCTAVIO

No lo digo por vos; lo digo por ése...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
C.P.O. 1625 MONTERREY, MEXICO

LAURO

Estará diciendo atrocidades. La Marquesa hace señas de que se acerque a interrumpirle.

OCTAVIO

¿Señas?... No veo... (*La Marquesa se ríe.*)

LAURO

Es una seña especial que yo conozco.

OCTAVIO

Pues parece que le escucha muy complacida.

LAURO

Es risa fingida. Esa es la seña... (*Acercándose.*) ¡Marquesa! (*No le atiende.*) ¡Marquesa!...

ROSALINDA

Señor Lauro...

RODRIGO

¿Es filosofía también interrumpir cuando hablan dos personas?

LAURO

¡Caballero!...

ROSALINDA

¡Primo! ¡Señor Lauro!

RODRIGO

(*Conteniéndose.*) ¡Bien está! (*Acercándose al Marqués.*) ¡Si yo hubiera sabido que mi prima no estaba sola!...

OCTAVIO

¿Eh?...

RODRIGO

No lo digo por vos; lo digo por ése.

ROSALINDA

(*A Lauro.*) Jugaremos nuestra partida.

LAURO

Es lo mejor. Será el único medio de teneros cerca de mí. Yo esperaba hallaros sola. Jugaremos. ¡Qué se ha de hacer! Nos contentaremos con jugar.

OCTAVIO

(*A Rodrigo.*) Ved, se sienta, ¡como si no estuviéramos aquí!

RODRIGO

(*Aparte.*) ¿De qué será el tablero? O la cabeza o el tablero: lo que pueda más.

OCTAVIO

La Marquesa se burla de nosotros.

RODRIGO

Eso creo.

OCTAVIO

Y comprenderéis que no estoy dispuesto a tolerarlo.

RODRIGO

Ni yo.

OCTAVIO

Mucho menos cuando acaba de arrancarme por sorpresa una declaración de amor.

RODRIGO

¿Eh?...

OCTAVIO

Vine aquí loco de celos, de amor desesperado; después... quise olvidar, dar celos a mi vez. ¡La Marquesa me habló de un modo!...

RODRIGO

Y a mí...

OCTAVIO

¿A vos?

RODRIGO

Sí. Vine a visitarla esta tarde; empezó a decirme que era una lástima que yo fuera así... ¡Vamos, así!... ¡Ya sabréis cómo soy: abrutado!... Me lo dijo tantas veces, que llegué a conmovirme. Sentí vergüenza de mí mismo, y no sé qué la dije; pero quedamos así... ¡Vamos, como cuando se empieza algo! Esperaba encontrarla sola esta noche; y... ¡qué diablo! Como la vida de guarnición es tan aburrida y tiene uno tan mal alojamiento...

OCTAVIO

Ved: no juegan. Hablan, ríen... ¡Se burlan de nosotros!

RODRIGO

Ella, pase; pero el buho... ¡Ése no vuelve aquí!

ROSALINDA

(A Lauro.) Tenéis un juego muy claro.

LAURO

No tanto como pensáis. Es un doble juego. Parece que voy por este lado, y ya veréis la sorpresa. (Rodrigo y el Marqués se acercan a verlos jugar.)

ROSALINDA

¡Ah, señores! Miren qué apurado está el rey.

LAURO

Apuradillo, apuradillo. ¡Jaque!

ROSALINDA

Dejadme pensar. (Pausa. El Capitán tararea una canción; a poco la tararean los cuatro. El Capitán y el Marqués mueven al mismo tiempo una pieza.)

OCTAVIO

Ésta...

RODRIGO

Esta es la jugada.

LAURO

Perdonad. Dos piezas a un tiempo..., no nos entendremos.

RODRIGO

Esta es la jugada.

OCTAVIO

Permitid, no es ésa: la jugada es ésta. ¿No veis que luego viene a caer aquí con el caballo y se come el alfil y la reina queda indefensa?

RODRIGO

Y de este modo, ¿no veis que se come la torre con el caballo y se corre aquí con la reina, y el rey está perdido?

OCTAVIO

Perdonad... Con vuestro permiso, yo jugaré por la Marquesa.

RODRIGO

Yo por el caballero. Veréis si digo bien.

OCTAVIO

¡Lo veremos! Yo vengo aquí. ¿Y ahora?

RODRIGO

Esperad. Ahora...

ROSALINDA

Puesto que tanto les interesa, dejemos que sigan la partida y hablaremos nosotros... Sentémonos aquí. *(Se retiran y se sientan al otro lado.)*

LAURO

Hermosa Rosalinda, os suplico que aceptéis la dedicatoria y que leáis con atención este breve razonamiento que me habéis inspirado; es un compendio de cuanto hablamos esta tarde; en él se halla lo más substancioso de nuestra filosofía de amor. Yo estoy seguro de que vuestras almas han de penetrarse en su excelsa doctrina. Leedlo, Rosalinda.

RODRIGO

¡Nada, como si no estuviéramos aquí! ¡Se acabó! *(Dando un golpe al tablero y tirando las piezas.)*

ROSALINDA

(Asustada.) ¡Ay! ¿Qué sucede?

OCTAVIO

Nada, que habéis perdido.

ROSALINDA

¿Yo?

OCTAVIO

Sí, el Capitán jugaba por vos.

RODRIGO

Sí, he perdido, he perdido. Necesito el desquite. Señor Lauro, venid acá; necesito el desquite.

LAURO

¿Yo? Yo no jugaba con vos.

RODRIGO

Ya lo sé. Conmigo no juega nadie, pero el Marqués llevaba la partida por cuenta vuestra; he perdido; necesito el desquite.

LAURO

Dejadme en paz. ¿Creéis que estáis entre vuestros reclusas?

RODRIGO

¡Por vida!...

ROSALINDA

¡Rodrigo! ¡Lauro!

OCTAVIO

¡Caballeros!

ROSALINDA

(A Rodrigo.) Veo que no puedes alternar con nadie; no volveré a recibirte en mi casa.

RODRIGO

¡Ah! Eso es echarme, ¿no es eso? Te has burlado de mí. Me invitaste a que viniera para reírte con el filósofo a mi costa. Esta bien. Señor Lauro...

LAURO

Entiendo, caballero.

ROSALINDA

¿Qué significa?

RODRIGO

¡Nada, nada!... Querida prima, tienes muy bien ganada tu fama de coqueta.

ROSALINDA

¿Qué dices?

RODRIGO

Mañana te enviaré mi batallón para que juegues al ajedrez.

OCTAVIO

Reportaos, aunque os sobre la razón.

ROSALINDA

¿Vos también?

RODRIGO

Vamos.

LAURO

Os sigo.

ROSALINDA

¿Dónde vais? ¡Lauro, Rodrigo!

LAURO

Señora, soy hombre antes que filósofo.

RODRIGO

¡Burlarse de mí! *(Salen Lauro y Rodrigo.)*

ESCENA VI

ROSALINDA y el MARQUÉS OCTAVIO

ROSALINDA

¡Corred, detenedlos! ¿Qué intentan?

OCTAVIO

Matarse, por lo visto.

ROSALINDA

¡No puede ser! ¡Impedido!

OCTAVIO

Yo, no; agradeced que he tenido calma para no provocar antes el lance.

ROSALINDA

¿Vos?

OCTAVIO

Sí, yo, yo. ¡Lo de siempre! ¡Lo de todas! Ponéis a los hombres en el trance de jugarse la vida, el honor..., y preguntáis todavía: «¿Pero es mía la culpa? ¿Qué hice yo? ¡Están locos!» ¡Creéis que puede así jugarse con el corazón, con la dignidad de los hombres? ¿Qué os propusisteis al reunirnos aquí? Y no contenta con ponerlos frente a frente, me detenéis también con palabras engañosas de consuelo, de esperanza, y yo... ¡Pero es que he nacido para ser juguete de las mujeres!... ¿Y hablabais de vuestra amiga? Celia no emplea en sus engaños tan perversa coquetería. Hay lealtad, al menos, en sus traiciones... Dice: «No puedo quererte más de lo que te quiero; no exijas más de mí...» Y el loco es uno, que no acepta su noble franqueza; pero vos...

ROSALINDA

¡Basta, basta! Si los tres habéis interpretado mi compasión por preferencia amorosa, no es culpa mía. Soporiar quejas celosas de quien no puedo creer que me ame, es demasiado.

OCTAVIO

Sí; fuí tan loco, que un momento soñé que por vos era posible olvidar un amor desdichado; creí vuestras palabras, creí en vuestra bondad.

ROSALINDA

¡Ah! Mientras creísteis que era sólo para vos mi bondad. ¿Me queríais egoísta, insensible para todos, y sólo para vos compasiva y amante? Entonces, decís bien, amad a la marquesa Celia; ésa, a lo menos, no ama a nadie, y su modo de igualar a todos sienta mejor al egoísmo y a la vanidad de los hombres... Ya os lo dije: volveríais a ella más enamorado que nunca.

OCTAVIO

Sí, volveré; y sólo siento lo que he tardado.

ROSALINDA

No tardaréis mucho más. Os espera aquí, muy cerca. Yo misma os la traeré. ¡Celia, amiga mía!

OCTAVIO

¿Está aquí?

ROSALINDA

Sí; esperaba que yo os convenciese de que no debíais perseguirla, de que ella no podía soportaros, de que...

ESCENA VII

DICHOS y CELIA

OCTAVIO

¡Celia!

CELIA

Sí; yo, muy satisfecha de los buenos oficios de mi amiga. ¿No has reparado en medio alguno para atraer al Marqués a la razón? ¿Es el Luis XV en la dinastía de mis amantes? No tengo corazón, y nunca le admití a presenciar mi tocado. No te basta con negarme el contenido

y me niegas también el continente. Recomendaré los auxilios de tu amistad a cuantas amigas deseen romper con su amante...

OCTAVIO

Celia, yo no he pensado... Pensé un momento en darte celos para que supieras lo que son.

CELIA

Ya lo sé. Celos de una amiga que yo creí leal, y de mi amante, de quien nunca pude creer que me olvidara tan fácilmente...

OCTAVIO

¿Olvidarte? ¿Pudiste creerlo?... ¿Olvidarte yo?...

ESCENA VIII

DICHOS, RISELA y MEDORO. Entrán disputando.

RISELA

¡Pícaro! ¡Te he de matar!

MEDORO

¡Señora, señora!

ROSALINDA

¿Qué es esto? ¡Llegáis en buena ocasión!

MEDORO

Me ha pegado. Dice que Medoro está borracho.

RISELA

¿No lo veis? Y si no le despedís de vuestro servicio, seré yo quien me vaya.

MEDORO

Porque la he visto abrazarse con el Capitán en el jardín.

RISELA

¡Pícaro, embustero!

MEDORO

El Capitán, que ha roto la cabeza al señor Lauro. Medoro lo ha visto, porque no está borracho.

ROSALINDA

¿Qué dices? El señor Lauro...

RISELA

Sí, señora, sí; el Capitán le ha roto la cabeza... Por eso fué el abrazarle.

OCTAVIO

¡Pobre filósofo!

ESCENA IX

Dichos y PEDRO

PEDRO

¡Señora!

ROSALINDA

¿Qué ocurre? ¡Día horrible!

PEDRO

La cacatúa...

ROSALINDA

¿Qué?...

PEDRO

Se soltó de la cadena y fué a picar al mono, que fingía dormir; el mono la cogió por el cuello y la ha destrozado; el mono también está mal herido; ya sabéis que no se podían ver de envidia.

ROSALINDA

¡Todos lo mismo! Las personas, los animales...

MEDORO

¡Pobre Medoro!

PEDRO

Yo no tuve la culpa...

ROSALINDA

Sí, sí; no quiero saberlo.

ESCENA X

Dichos y LAURO, con una venda en la cabeza.

ROSALINDA

¡Señor Lauro!

LAURO

No es nada.

OCTAVIO

En la cabeza... Menos mal; había defensa.

LAURO

¡Por amor vuestro!

ROSALINDA

No, señor Lauro. Mi amor no es de nadie. Recoged vuestro libro y volved a estudio de vuestra filosofía, y

vosotros (*Al Marqués y a Celia*), ya lo veis, seguid vuestro camino, que sólo dos a dos ofrece paso... Eso es lo que llamáis amor. Yo quise amar a todos, y por ver a todos dichosos, sólo desdichas he ocasionado. El amor es preferencia, es elección, ya lo veo.

OCTAVIO

Sí, Rosalinda; es preciso elegir.

CELIA

No se puede amar a todo el mundo.

ROSALINDA

Sí, es más fácil no amar a nadie.

LAURO

Y cuando os decidáis a elegir, Rosalinda, ¡seré tan dichoso!...

ROSALINDA

No, Lauro; ya visteis qué poco puede fiarse de mí y de vuestra filosofía. Mi amante es el amor... (*Cogiendo las rosas que habrá al pie de la estatua y deshojándolas.*) Como estas rosas de su altar pagano he deshojado mi corazón, que nadie podrá llamar suyo, como quiere amor que un corazón lo sea, porque mi amor..., es amor de amar.

TELÓN

¡LIBERTAD!

COMEDIA EN TRES ACTOS DE SANTIAGO RUSIÑOL

Estrenada en el Teatro de la Comedia el día 17 de marzo de 1902.

(Traducción del catalán.)